

GUERRA EN LAOS



Una batalla «pequeña» que dura ya diez años

(Notas de un periodista español en viaje por el Sudeste asiático)

Siguiendo nuestro relato, diremos que por la tarde volamos en un "DC-3" militar a Vientiane, en cuya base de Tanxo Phong tomamos tierra. Del aeródromo, donde vimos un grupo de "Globe-master" de transporte y una escuadrilla de "Phantom", todos de Estados Unidos, nos trasladamos a la sede del MAAG, que está en una villa aislada, a unos seis kilómetros al Sur de la capital, rodeada de alambres, sacos terrestres, ametralladoras, etc., y guardada por una unidad "especial" encuadrada por "boinas verdes".

Nos recibe el coronel Deprizio, de la USAF, segundo jefe del "Grupo asesor", quien nos da cuantos datos le solicitamos sobre Laos y las fuerzas enemigas, así como nos autoriza para marchar al día siguiente a la zona de combates, lo cual agradecemos muy de veras, pues sabemos las restricciones que han impuesto a todos los periodistas, aun los norteamericanos.

Terminamos el día visitando Vientiane, que no tiene nada destacable tampoco: aunque es un poco más exótico de Luang Prabang y se nota en sus suburbios, más claramente el cinturón de miseria que la red de que no describimos por no alargar en demasía este trabajo. Solo destacamos, la visita que iniciamos al padre Ramón Escudero, jesuita, navarro, de Estella, que dirige una pequeña iglesia misiónera y de quien es valioso auxiliar el doctor Luis García Vivesa, un médico español, nacido en París de padres exiliados y muy joven, quien desde hace un año está contratado por una cauchería francesa, a quien fui presentado por el padre Escudero, de quien es casi vecino. Ellas me cuentan cosas muy interesantes del país, de la intervención comunista y americana, del sentimiento del pueblo y de su corrupción cosa que es general en toda Asia —relatándome anécdotas curiosas, tales como la de que muchas caucherías y aún plantaciones aisladas, "pagan" un tributo a ambos bandos —de 5 mil a 100 mil dólares año— para que "la guerra no perturbe sus plantaciones", lo cual es pacto legalmente observado casi sin excepción por los combatientes. (Diré, verdad, no?

EL «CEREBRO GRIS»

leosiano, ahora en las "fuerzas paracaidistas" de Laos, de las cuales es su segundo jefe, nos vimos volando en un helicóptero rumbo a la zona de combate. A los veinte minutos descendimos en un claro, en donde estaba instalado dispuesto para el ataque el primer batallón de paracaidistas laosiano y el grupo "JE-22" de las fuerzas especiales. Los paracaidistas, perfectamente pertrechados, estaban integrados por soldados "meo", las tribus más combatientes del país. En cuanto a las "Fuerzas Especiales" eran una amalgama de hombres, entre ellos bastantes blancos y a los que no pude hablar —por lo tanto no sé su nacionalidad— aunque no todos parecían norteamericanos ni mucho menos, bastantes tailandeses y la mayoría vietnamitas.

AVANCE CON BAJAS

Salimos y a la hora de marchar —escuchando cada vez más cerca las explosiones de los bombardeos y del fuego artillero de barrera— nos encontramos en la propia línea de combate, un poco imaginaria, pues no había trincheras algunas, sino unos cuantos "blancos" dispersos y varios nidos de ametralladora en zanjas rápidamente abiertas y protegidas por sacos terrestres.

La preparación aérea y artillera duró todavía unos quince minutos más. Despues de unos instantes en que se lanzó fuego general, iniciamos el avance. Me dicen toman parte unos diez mil soldados por nuestra parte. Enfrente se calcula debe haber unos doce a trece mil, aunque mejor cubiertos, pero que hay que suponer muy quebrantados por el tremendo bombardeo. El mayor Rodríguez y yo nos unimos a la segunda compañía que ocupa la tercera posición en la línea de avance del batallón especial. La compañía la manda el capitán USAF Dswal Kennan y lleva como adjunto al teniente laosiano Jan Kong y sus componentes son más de 100, incluyendo 100 vietnamitas. Solo veo unos dos o tres sargentos americanos.

Aunque el enemigo hace una resistencia feroz, pese al resplandor y machaqueo a que ha sido sometido por la aviación y artillería, el avance se realiza con éxito, pero con bastantes bajas. A la hora escasa de la penetración, el enemigo retrocede abiertamente y a las dos horas, prácticamente abandona la zona, aunque sabemos que muchos se habrán escondido —siguiendo la táctica del Vietcong en las aldeas— en refugios subterráneos difíciles de encontrar y en las selvas próximas. Sólo, a dos kilómetros de donde estamos después del avance, hay una resistencia tenaz en una pequeña aldea fortificada. Se llaman a los tanques y vemos como un grupo de ocho "M-47" cercan el lugar y lo "frien" con sus cañones del 9 cm. y sus terroríficos lanzallamas. Cuando cuarenta minutos más tarde, entro en la aldea el espectáculo es espantoso. Calcinados, quemados, mutilados, encuentro más de cincuenta muertos y otros muchos que no lo están y geman desesperados. Más adelante veo unas ochenta o noventa personas, algunas indudablemente mujeres y niños también, todos encapuchados a cuchetazos y ferozmente tratados y maniatados. ¡Es el mismo asesinato, espectáculo de Vietnam! Los llevan hacia la

taguardia para "interrogarlos", ¡pobres gentes!, sean o no combatientes. A mi lado cae el vietnamita que llevaba mi maucito y una cámara cinematográfica. Tiene una ráfaga en el vientre. Sus compañeros disparan ciegamente sobre una línea de arbustos, de donde parece haber partido los disparos. Un grupo se acerca y un lanzallamas rocia todo al arborejo. Si había algún francotirador, desde luego habrá muerto. Mi porteador también muere, mientras en una agonía atroz, trataba de contener entre sus manos el paquete intestinal que se le salía por el boquete abierto en su cintura. El médico que llega, nada puede hacer. Yo he tenido suerte, pues no me separaba del vietnamita ni medio metro de distancia. ¡Doy gracias a Dios!

TRATO RACISTA

La operación continua en marcha, pero nosotros no podemos seguir. El mayor Rodríguez me indica que volvemos por ver si podemos regresar a última hora a Vientiane. Un "Jeep" nos conduce de nuevo a la taguardia y un helicóptero nos lleva otra vez a Muong Keung. Allí vemos es imposible retornar soldados laosianos. Me dan la sensación que no saben porque ni por quien combaten. En cuanto a los oficiales, son bastante instruidos y militarmente al parecer competentes. Muchos son antiguos cabos y sargentos franceses, otros más jóvenes, han sido entrenados por los americanos, y han seguido cursos en los propios Estados Unidos. Son nacionistas y aceptan al "Tío Sam" como el pariente que no nos gusta, pero que nos paga la carrera y esperamos heredar. Es curioso enterarse como oficiales laosianos han militado en varios partidos en estos años. Así se comprende la poca confianza que los americanos tienen en ellos. Me nombran el del antiguo capitán Kong Le (citado anteriormente) ahora comandante en jefe del Segundo Ejército del Pathet Lao; el coronel Jam Kao y el comandante Kong Ta Le, todos pro americanos hace sólo cuatro años y hoy en las filas comunistas.

En esta base me encuentro con un destacamento de "Boinas verdes" americanos y con una compañía paracaidista también de los Estados Unidos. Trato de entablar conversación con ellos y me asombra su grande cuando compruebo que la mayoría hablan un perfecto castellano. Unos son "chicanos" procedentes de Nuevo México y otros iberoamericanos incorporados al ejército americano en virtud de ser "residentes" en USA y estar en edad militar, lo cual les ha obligado a ser alistados y luchar aquí. Sólo de los treinta a cuarenta iberoamericanos con los que hablo, puertorriqueños, cubanos, colombianos, peruanos, etc., unos ocho o nueve me confiesan se afilaron voluntarios, el resto sufren el "fiasco" más dramático que a los americanos de habla hispana les sorprende de allí a estudiar o trabajar a los Estados Unidos. ¡Ser alistado en un Ejército que no es el suyo y tener que la vez morir por una causa que a lo peor no les interesa o repreban, en virtud de las leyes americanas que así lo determinan para aquellos que se residen en este país.

Hablando con ellos me expresan su desenfado de ciertas formas de vida norteamericana, pero sobre todo me sienten insatisfechos con el "trato discriminatorio y racista" a que se van generalmente sometidos por los mandos norteamericanos, sobre todo en los escasos intermedios. Todos, sin embargo, —al menos con los que más hablo— se mostraron anticomunistas convencidos pero encuentran en la lucha vietnamita un sentido nacionalista más que un contenido político, que en el fondo les hace respetarlos.

Hacemos noche en la base y de madrugada nos trasladamos al campo de aviación de emergencia y en un "C-24" despegamos de nuevo rumbo a Luang Prabang desde donde seguirá, al día siguiente, para Tailandia. Allí quedaría la lucha en las selvas y los llanos laosianos. Una lucha permanente con intermitentes agudizamientos pero que puede ser, el día menos pensado, la lucha definitiva por el predominio en el sureste asiático. Un país en que la gente se está matando realmente sin saber por qué lo hacen, sirviéndose en definitiva de trágico coro a las ambiciones e intereses de los poderosos. Un país en que el sentir nacionalista aún no ha calado: muy fuerte y en el cual la corrupción empieza a hacer más estragos que la acción bélica misma. (Presa).

FIN